

# Autonomía de la razón gozosa y laica

Gerardo López Sastre

Profesor de Filosofía.

Universidad de Castilla-La Mancha.

**M**i propósito en estas líneas es aclarar el sentido en el que ha de entenderse el título de esta conferencia cuando lo referimos al pensamiento de uno de los grandes creadores de nuestra modernidad: David Hume. Además de por su gran talla filosófica, este autor me interesa porque creo que es muy representativo de los ideales y de la concepción de la moral que han impregnado los dos últimos siglos de la historia occidental. En efecto, hoy en día es un lugar común afirmar que vivimos en un mundo casi completamente secularizado. El convencimiento predominante es el de que estamos solos en el mundo y de que en él nos tenemos que forjar nuestra felicidad sin esperar otra ayuda que la que puedan proporcionarnos nuestras propias fuerzas o las de nuestros semejantes. Si esta descripción es correcta —y parece difícil negarlo—, la enorme importancia de Hume deriva de que es uno de los primeros pensadores que nos incitó a recorrer este camino de «desencantamiento del mundo». Para ello, consideró necesario argumentar que ni la razón ni la experiencia podían ayudarnos a probar la existencia de Dios —¿cómo podríamos llegar a saber que el mundo no es eterno?— o la inmortalidad del alma (es decir, la mente). Es más, en lo que se refiere al alma, todo parece indicarnos que es mortal, pues su desarrollo presenta un estrecho paralelismo con el del cuerpo, lo que nos incita a concluir que, vista su decadencia conjunta y la aniquilación del cuerpo, también ha de producirse la del alma. Tenemos ya aquí la idea de «razón laica». La razón tiene que limitarse por fuerza a los asuntos de este mundo, que es como de-

cir que ha de ayudarnos a buscar la felicidad en esta vida.

Tomando lo anterior como presupuesto, podemos adentrarnos en la teoría moral que Hume nos propone y que subraya que las creencias religiosas han corrompido los sentimientos morales naturales de los hombres y que, lejos de ser una fuente de satisfacción para los mismos, son el origen gratuito de numerosos males y terrores. Veamos su explicación. De acuerdo con Hume, todas las personas están constituidas de tal manera que aprueban de forma natural aquellas cualidades que son útiles o inmediatamente agradables a quienes las poseen o a los demás. Así, por ejemplo, la prudencia y la laboriosidad son útiles a la misma persona que las posee. Nuestra cortesía y corrección resultan agradables a los demás, y nuestra integridad y lealtad les son muy útiles. Por su parte, sobre el carácter inmediatamente agradable para uno mismo de la alegría y el buen humor no parece que haya que insistir mucho. Si resulta que todo aquello que es útil o agradable merece nuestra aprobación, ¿qué habrá que pensar del ayuno, del celibato, de la mortificación, de la penitencia y de otras prácticas parecidas recomendadas por una enorme variedad de religiones? Lo recalable de estas conductas es que, como escribe Hume, «ni aumentan la fortuna de un hombre en el mundo (es decir, *no son útiles para uno mismo*) ni le convierten en un miembro más valioso de la sociedad (es decir, *tampoco son útiles para los demás*) ni le cualifican para el solaz de la compañía (*no son, pues, inmediatamente agradables a los demás*) ni incrementan su poder de disfrutar consigo mis-

mo (*tampoco resultan ser inmediatamente agradables para uno mismo*).<sup>1</sup> Tenemos, entonces, que las prácticas que nos recomiendan las religiones no pueden aprobarse moralmente. Su carácter inútil y desagradable las convierte, por el contrario, según Hume, en verdaderos vicios. En suma, no son sino obstáculos para la felicidad de los hombres. Es más, una vez que el creyente considera que ha obtenido un especial favor divino mediante sus austeridades y devociones, ¿no se sentirá autorizado a quebrantar todas las normas verdaderamente morales en sus relaciones con las demás personas? De acuerdo con esto, uno de los personajes de los *Diálogos sobre la religión natural* podrá afirmar: «cuando están en juego los intereses de la religión no hay moralidad lo suficientemente fuerte como para detener al entusiástico fanático. El carácter sagrado de la causa santifica cualquier medida que pueda adoptarse para promoverla». <sup>2</sup> Es así como se explicarían las persecuciones, las guerras, las torturas y los asesinatos que siempre han acompañado al predominio de la religión en las mentes de los hombres.

Que el creyente cristiano será propenso a recurrir a estas conductas puede verse por otra característica de su religión: el hecho de que estamos ante una divinidad que emplea castigos tan desproporcionados como injustificables (y, por tanto, parecería autorizar a sus devotos para que se comporten de la misma manera). ¿Acaso no choca a nuestro sentido moral el que se hable de un castigo eterno para las ofensas por fuerza limitadas de una criatura tan frágil como es el hombre? Por otra parte, ¿no es cierto que todos pensamos que los castigos tienen que cumplir algún propósito? Pero, ¿qué finalidad pueden cumplir esos castigos del Infierno cuando, como se expresa Hume, «toda la escena ha concluido»? Hay, por tanto, una enorme contradicción entre nuestra idea espontánea de lo que debe ser la justicia y el comportamiento de ese Ser divino al que se presenta como modelo y objeto de adoración. Ello provoca necesariamente que los sentimientos morales naturales del cristiano le lleven a desaprobador la conducta del Dios, al

que ha de considerar al mismo tiempo como infinitamente perfecto. Pero si por una parte detesta secretamente lo que considera como una implacable venganza (y, ¿de qué otra forma pueden considerarse las penas eternas del Infierno?), por otra ha de intentar acallar ese sentimiento que por fuerza le acarrearán un castigo que ya de por sí le parece bastante probable. Ha de luchar, por tanto, contra su propia naturaleza. El resultado de este enfrentamiento interior no podrá ser sino ese desequilibrio y esa tristeza que tanto caracterizan a muchos creyentes. Por lo tanto, según el diagnóstico de Hume, los principios religiosos que han prevalecido en el mundo no son otra cosa que «sueños de hombres enfermos». En este sentido, el agnóstico lo que propone es una cura de esa enfermedad. Si pretendemos ser felices, la moral tendrá que basarse en esa predisposición al gozo que se encuentra en nuestra naturaleza y que las religiones han buscado destruir. **A**

#### Notas

1. David Hume: *Investigación sobre los principios de la moral*. Edición y traducción de Gerardo López Sastre. Espasa Calpe, Madrid, p. 142 (lo que aparece entre paréntesis es un añadido nuestro). ¿Cómo puede explicarse que esas conductas que recomiendan las religiones sean directamente opuestas a los impulsos de nuestra naturaleza? Hume responderá a esta pregunta subrayando el carácter completamente secular de la concepción de la virtud que se está exponiendo. Buscar lo útil y lo agradable es algo que uno hace sin necesidad de creer en Dios; y esto es lo que provoca que el creyente no vea en ello nada de valor específicamente religioso. Por el contrario, cuando alguien lacera su cuerpo o decide mantenerse célibe, ¿qué motivos puede tener? Puesto que está realizando algo que violenta sus inclinaciones naturales y que carece de toda utilidad mundana, la única consideración que puede impulsarle a estos comportamientos es la de que con los mismos está probando más allá de toda duda su fe. Son, pues, una muestra de devoción. Véase la *Historia natural de la religión*, en David Hume, *Historia natural de la religión. Diálogos sobre la religión natural*. Prólogo a la edición castellana de Javier Sádaba. Traducción de Ángel J. Cappelletti, Horacio López y Miguel A. Quintanilla. Ediciones Sígueme, Salamanca, 1974, pp. 90-93.
2. *Diálogos sobre la religión natural*, ed. cit., p. 190.